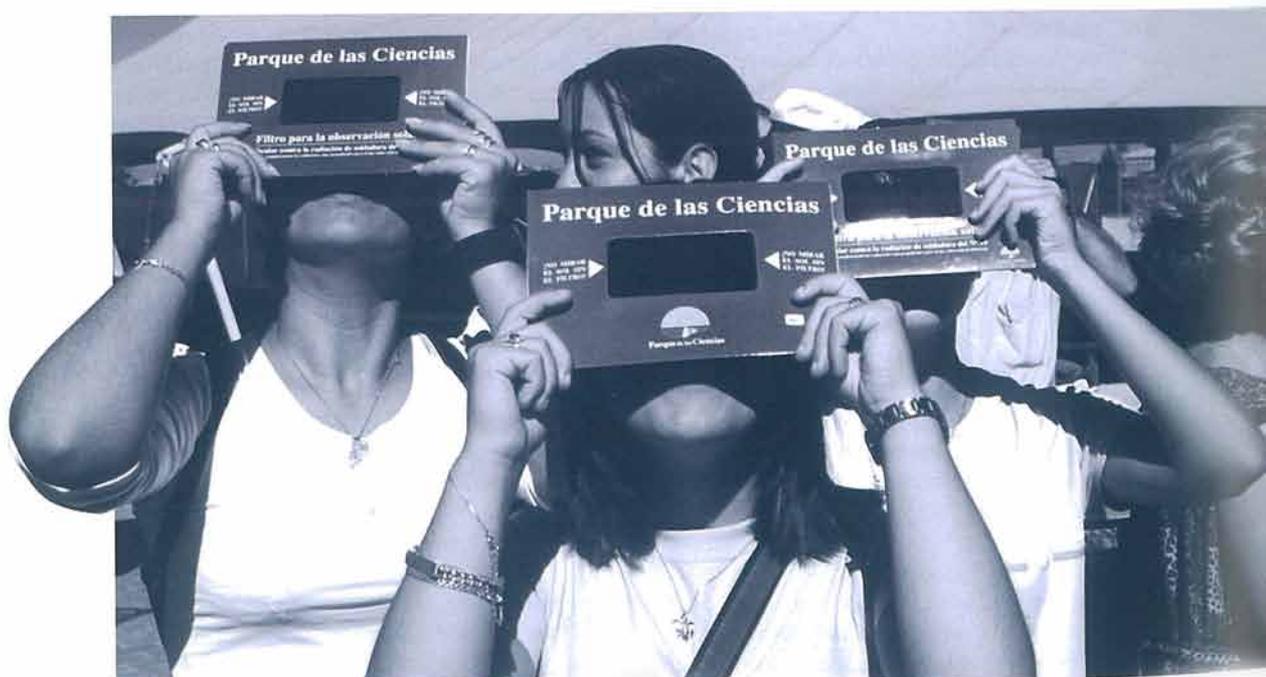


[Parque de las Ciencias de Granada]

La concesión al Parque de las Ciencias de Granada del Premio José Guerrero a la Actividad Cultural tiene, además del reconocimiento a una década de sobresaliente labor en el campo de la divulgación científica, un significado añadido que conviene destacar. Es todavía inusual considerar las actividades relacionadas con la ciencia como una parte medular de la cultura, que sigue empecinada y casi exclusivamente vinculada al mundo de las "letras". No suscita extrañeza que a un pintor, a una orquesta o una biblioteca se le encomie su contribución al desarrollo cultural de la sociedad, pero resulta más raro que ese mismo aplauso se brinde a acontecimientos o proyectos relacionados con la ciencia. Aún sigue enquistada en la conciencia de muchos ciudadanos la idea de que la literatura, el arte o la filosofía, incluso la arquitectura o la artesanía, son la osamenta de la civilización y el saber, en tanto que la biología, la química o la astronomía pertenecen a otra dimensión de la experiencia humana.

Durante muchos siglos han sido principalmente la filosofía y la poesía las disciplinas destinadas a marcar el presente y el destino de los seres humanos. Las virtudes personales o el comportamiento cívico eran designios privativos de las viejas "artes liberales", y, más específicamente, de las "litterae". Las "letras", en efecto, se estatuyeron desde la antigüedad en garantes de la formación de la "humanidad", esto es, de los atributos que distinguen a los hombres de las fieras. La biografía de un emperador magnánimo, los tratados sobre la vejez de un erudito, los versos ardientes de un poeta, los ensayos morales de un místico, los diálogos sobre la traición de un dramaturgo, los diarios de un filósofo... constituían la guía esencial para el buen vivir. Se suponía que la lectura y la meditación de ciertas obras singulares confrontaba a los lectores con las preguntas fundamentales, transformaba su conciencia, encaminaba sus pasos, los hacía cultos y virtuosos; los humanizaba, en suma. Pero, ¿quién puede dudar ya de que la ciencia está planteando con una fuerza inusitada algunas de las más radicales preguntas de hoy, y de cuya respuesta va a depender el futuro de la humanidad? ¿Quién puede negar que el conocimiento del origen de la vida en el océano primitivo





ha modificado el significado del hombre en el universo, que el descubrimiento del genoma humano ha alterado el juicio sobre la educación y la inteligencia, que el hallazgo del origen africano de los primeros homínidos ha demolido las creencias de superioridad o inferioridad entre grupos o razas, que el conocimiento de la atmósfera y los ecosistemas ha puesto en duda el comportamiento humano? Ser compasivos o juiciosos ya no depende en exclusiva de la lectura de un tratado de Cicerón, de un drama de Shakespeare o de una novela de J. M. Coetzee, sino también del entendimiento preciso de las secuelas de la deforestación, de la trascendencia de la clonación celular, de las incertidumbres de la exploración del espacio cósmico, de las contingencias de la nanotecnología. Todos esos saberes son ya insignias contemporáneas de una persona culta. Y a esa compleja labor de “humanización” está rendido el Parque de las Ciencias de Granada.

Resulta muy satisfactorio comprobar que el Manifiesto humanista 2000, escrito como continuación de los redactados en 1933 y 1973, y en el que se propugna un compromiso universal con la humanidad en su conjunto y el consecuente avance de la dignidad, el bienestar y la libertad mediante el uso irreductible de la razón y el naturalismo científico, haya sido suscrito por decenas de biólogos, físicos, astrónomos, químicos y antropólogos junto a filósofos, historiadores, psicólogos, músicos o escritores. Quiere ello decir que el viejo desafecto, cuando no hostilidad, entre las dos culturas, la letrada y la científica, está comenzando a ser un vestigio, el rastro tenue de un viejo error. Y son las voces de la ciencia las que con más ahínco e inteligencia están dando argumentos a favor de la alianza. Por eso, el hecho de que el Colegio Oficial de Arquitectos de Granada reconozca públicamente la contribución al progreso de la cultura del Parque de las Ciencias confirma que las cosas están cambiando. Hay motivo, pues, para la congratulación y la gratitud.